

La Izquierda de Espalda a la Coyuntura: Elementos para una interpretación histórica del momento

Simón Aguayo Velasco ¹

“Quien quiera
interpretar realmente
el alma del pueblo,
debe recorrer muchos
caminos. Y va a tener
que recorrer esos caminos
junto a ellos,
a la mujer que lava,
al que abre surcos,
al que baja a la mina,
al que tiende una red en el mar
y no pasar en un auto
mirando por la ventanilla.”

Víctor Jara

El 4 de septiembre fuimos testigos de una derrota de proporciones, la que cerró un ciclo histórico de movilización y protesta de varios años que tuvo su cénit en 2019. Dicho esto, a continuación pretendo plantear algunas notas que pueden servir de explicación sin ánimos universalistas, pero que considero importante para entender el período que estamos viviendo. Teniendo presente que los procesos históricos pueden ser abordados desde múltiples aristas y diferentes temporalidades, varias de estas notas son aspectos para tener en consideración y no necesariamente certezas. Por lo tanto, este escrito pretende proponer elementos más que ofrecer respuestas definitivas.

Creo pertinente partir el análisis con la revuelta: ese momento histórico de explosión violenta que dejó fuera de toda duda la obsolescencia de las instituciones del Estado. Sin que me guste ser tan reduccionista -pero sin poder explayarme acá- esto fue lo que desencadenó la revuelta de 2019. Descontento y desencanto de la forma en que nos dijeron que deberían haberse procesado los conflictos político-sociales: el Estado (neo)liberal.

Frente a esta incapacidad institucional, sumado a los problemas económicos (desigualdad, endeudamiento, precarización) y la frustración de las expectativas generadas por el discurso de ser un país en vías de desarrollo, se erosionó la legitimidad del sistema, con la consecuencia de que el orden público y la paz social se vieron perturbados en diferentes coyunturas de protesta. El punto más álgido y radical se dio precisamente en la revuelta de 2019, momento de tremenda movilización social y popular, pero en el que además quedó de manifiesto una característica constitutiva de nuestros tiempos que quizás

¹ Estudiante de Licenciatura en Historia, Mención Gestión Cultural. Miembro del Comité Editorial de Revista SED. simon.aguayo@usach.cl.

no ha sido analizada lo suficiente: la inorganicidad.

Este carácter inorgánico fue posibilitado por distintos factores. Entre los que considero que no han sido tratados lo suficiente, destaco cómo las redes sociales han generado que cada individualidad se transforme en una especie de medio de comunicación, creando subjetividades menos propensas a participar activamente de manera presencial en política (como militancias, colectivos, movimientos sociales, asambleas, etc.), ya que la virtualidad se transforma en un espacio importante de expresión de descontento, el cual en ciertos casos ha llegado a reemplazar la participación orgánica. La forma en que se dieron las protestas “autoconvocadas” durante la revuelta ejemplifica bastante bien este fenómeno. En vez de realizarse por medio de partidos tradicionales u organizaciones sociales, se hizo de manera espontánea a través de redes sociales. Esto supuso que quienes se sintiesen llamados a participar por motivaciones personales y sin discusión política de por medio, llegaran a la convocatoria. Por otro lado, las redes sociales permiten un enorme alcance en la difusión tanto de información como de propaganda. De esta forma, contribuyeron a que la protesta alcanzara enormes niveles de masividad y transversalidad, pero al mismo tiempo propiciaron que perdiera su capacidad de elaboración colectiva de contenido, para dar paso a una producción en masa de contenido individualizado. La política requiere de una construcción colectiva, por lo que se puede relacionar directamente esta individualización con la despolitización de la sociedad.

Ahora, este tipo de interacciones por internet lo que hacen es agudizar un fenómeno de más larga data. Si consideramos en el análisis los largos años de la transición, es imposible no hacer mención al aumento de la distancia entre política² y sociedad. Esto, acompañado de una profundización del neoliberalismo, generó que se fuese volviendo sentido común la noción de que los representantes deben resolver los problemas cotidianos de las personas de forma eficiente y no encerrarse en rencillas partidistas ajenas a la ciudadanía. De esta forma, las relaciones clientelares características de las transacciones en el mercado permean la arena del poder. Surge así el discurso tan manoseado de lo que realmente le importa a la gente, y “el tópico de la «seguridad ciudadana» se convirtió en una de las principales multillas de los primeros años del Chile postdictatorial”³. Por lo tanto, se comenzó a ver la anti-política como una virtud, vaciándose las candidaturas de contenido ideológico, y transformándose los candidatos en personajes tan simpáticos como cercanos que respondiesen a necesidades particulares de las comunidades, y no así a proyectos de sociedad.

Es en este marco de despolitización, incentivado por la concertación en pos de la consolidación de su proyecto histórico, que aumenta considerablemente la abstención electoral, sobre todo una vez promulgada la ley de voto obligatorio durante el segundo gobierno de Michelle Bachelet⁴. A lo largo de los años la participación fue descendiendo considerablemente, dando cuenta de una profunda crisis de las instituciones representativas del Estado.

Así, con las redes sociales aportando a un fenómeno que involucra una multiplicidad de otros factores, se configura un pueblo con “una alta disposición a movilizarse que, bajo un vistazo tradicional, marcha junto a una baja inclinación a comprometerse en asociaciones”⁵. De ahí que se haya valorizado con tanta popularidad en la revuelta y en las posteriores elecciones el ser “independiente”, lo cual responde más a la crisis de la política que a una postura elaborada colectivamente. Pretender ser independiente

2 En este caso, política hace referencia a la esfera de lo institucional, mas no a lo político en extenso.

3 Álvarez, R. (2014). La nueva política en el Chile postdictatorial: ¿Pasividad ciudadana o clientelismo desde abajo? (1990-1996). Estudios Ibero-Americanos, vol. 40 (1), P. 176.

4 PNUD (2021). ¿Votar o no votar? Entendiendo las razones que explican el abstencionismo electoral. Santiago: Chile: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

5 Ruiz, C. (2020). Octubre chileno. La irrupción de un nuevo pueblo. Santiago: Taurus. P. 57.

desde la izquierda es peligroso, en la medida en que se puede no tener militancia, más nuestros actos en política siempre van a responder a ciertos intereses, o por lo menos, a serles útiles, por lo que la independencia en la disputa por el poder es una noción resbalosa con la que hay que tener cuidado, además de que rima de forma arriesgada con no ser “ni de izquierda ni de derecha”. Esto tiene su máxima expresión en la Lista del Pueblo, aglutinada alrededor de una valoración positiva de la independencia pero sin un programa de cambios a impulsar. Sin ese programa, al momento de discutir las medidas a proponer en la constituyente, su desintegración fue rápida. Otros grupos como Amarillos por Chile o el Partido de la Gente tampoco escapan totalmente de este fenómeno. En la derecha, llama la atención el caso de Marcela Cubillos, que hizo campaña para constituyente autodenominándose descaradamente independiente, a pesar de ser de público conocimiento su trayectoria como militante de la UDI⁶.

Todas estas dinámicas han cristalizado en la formación de distintas subjetividades apolíticas (en el sentido ideológico y discursivo, entendiendo que no se puede ser realmente apolítico viviendo en sociedad) en el campo de lo popular y subalterno, lo cual terminó siendo gravitante en el enorme margen por el que perdió el apruebo. Si caracterizamos someramente al padrón electoral del plebiscito, es necesario dar cuenta de esos casi 5 millones y medio de nuevos electores que se sumaron a esta elección a partir del voto obligatorio, pero que en ocasiones anteriores se habían mantenido al margen.

Con los resultados en mano, es evidente que este votante es más propenso al conservadurismo antes que al cambio⁷, lo cual resulta lógico al pensar en que va a tender a ser el status quo el que capitalice a partir de la despolitización, en desmedro de las fuerzas de cambio. Parece ser que los derechos sociales, el feminismo, la protección de la naturaleza y la plurinacionalidad preocupan menos a esta enorme franja de la ciudadanía que otros temas como la seguridad ciudadana.

Dentro de los muchos factores que generaron que estos sectores se hayan decantado por el rechazo, está el hecho de que éste estuvo representado por personalidades que escapan de la derecha tradicional, como Cristián Warnken, Javiera Parada o Arturo Guerrero, lo que creó una sensación de amplitud y dio cabida al discurso de que habría cambios más allá de la opción ganadora. Pero no sería la primera vez que hacen campaña a base de mentiras y ambigüedades.

Respecto a esto, hay un debate importante que se ha dado en torno a las fake news. En esta arista del análisis me alejo del progerio autocomplaciente que reduce toda la derrota a las mentiras difundidas, subestimando una vez más las capacidades y posibilidades históricas del pueblo. Dicho esto, también es relevante tener en consideración el modus operandi de la derecha al hacer campaña del terror⁸. Un ejemplo es la descarada falacia de decir que la plurinacionalidad habría significado la división del país. Este tipo de campaña despierta nociones profundamente arraigadas en las subjetividades del pueblo chileno, como la idea de Nación. Posterior a los resultados,

“pareciera ser que el «pueblo» todavía está condicionado por ese nacionalismo configurado socialmente desde los albores del Estado Nación chileno hacia mediados del siglo XIX. Ha quedado al descubierto que para efectos simbólicos o materiales, la cuestión nacional está lejos de su extravío dentro de cauces de opinión apátridas o anacionales”⁹.

6 A pesar de que actualmente no milita orgánicamente, se postuló y resultó electa en un cupo de dicho partido.

7 Comparando superficialmente los resultados de ambos plebiscitos, se puede apreciar que el rechazo sumó 6.247.794 nuevos votos en 2022. Además, se ve que el apruebo perdió 1.032.739 votos. A su vez, la participación entre el plebiscito de entrada (voto voluntario) y el de salida (voto obligatorio) aumentó en 5.451.981. La suma entre los nuevos votantes, y los votantes que perdió el apruebo, da 6.484.720, número muy similar a los adeptos que el rechazo ganó entre 2020 y 2022. Fuente: SERVEL.

8 Un ejemplo reciente de la derecha difundiendo noticias falsas es cuando se dijo que con Guillier seríamos Chilezuela en la segunda vuelta de 2017. En candidaturas de otros países también se ha dado, siendo los casos más emblemáticos Trump y Bolsonaro.

9 Martínez, A. (2022). Pueblo y Revuelta: Hacia una Aplicación e Interpretación de la categoría de Pueblo para el Octubre Chileno de 2019. Revista SED N°1. P. 108.

Así, vimos un montón de mentiras difundiéndose por TV y en redes sociales, y no sólo asociadas directamente a la constituyente. Por ejemplo, hubo una arremetida comunicacional en YouTube por parte de las AFP que pretendían “educar” a la ciudadanía en la materia, y explicarles por qué el dinero sí es de los contribuyentes bajo este sistema. Podríamos escribir un solo texto enumerando los muchos spot elaborados con una enorme inversión de capital en el marco de la campaña, los cuales apuntaron a diversas abstracciones como la nación, la propiedad privada y la seguridad, que indudablemente tuvieron una incidencia en los resultados¹⁰.

Por otro lado, ninguno de los distintos sectores de la izquierda se ha hecho presente en este tipo de espacios. No vimos una campaña seria ni coordinada en Youtube, mucho menos en Tik Tok, lo cual tiene su máxima expresión en la nula política comunicacional del gobierno, a pesar de quedar de manifiesto la urgencia de -por lo menos- una ley de medios. No obstante, en la dinámica gatopardista que se ha dado en estos meses en los que Boric ha estado a la cabeza del ejecutivo, el canal nacional sigue funcionando en la práctica como un canal privado administrado por el Estado, por lo que no existe ninguna plataforma comunicacional en la que se pueda levantar con fuerza una disputa a la sarta de mentiras difundidas por la derecha.

Esta disputa también pudo haberse dado en otra esfera en que la izquierda ha jugado un rol mediocre: el trabajo territorial. En los últimos años, se ha posicionado al territorio como una categoría política desde la cual construir tejido social. Esto quedó en evidencia durante la revuelta al organizarse asambleas y cabildos, instancias de alta participación tanto de militantes de diferentes sectores de izquierda, como de personas que nunca habían tenido interés en política. Este escenario de conflictividad social, participación y politización, fue propicio para introducirse en el corazón de los territorios, cosa de impulsar la organización popular y desde ahí combatir la despolitización. Sin embargo, las peleas internas, el sectarismo, y la nula capacidad de generar un programa -sumado a la interrupción pandémica- generó que a pesar de tener un contexto favorable para correr el cerco, la izquierda no logra salir de la histórica posición de marginalidad.

Como si esta distancia de los sujetos cuyos intereses la izquierda supuestamente debería canalizar no fuese suficiente, también hemos sido testigos de una intelectualización en las discusiones, mostrando muchas limitaciones a la hora de salir de los círculos académicos, y de ampliar la base social de apoyo ya consolidada hace varios años. Todas estas limitaciones quedaron a su vez de manifiesto en la propuesta de Constitución, que resultó ser más un pegoteo de reivindicaciones particulares que resultado de un programa elaborado por amplios sectores pensando coordinadamente tanto en la emancipación de las subalternidades como en la mejora de sus condiciones materiales de existencia. Esto generó que la Revuelta y la constituyente, como el intento de cerrarla institucionalmente, no hayan tenido la capacidad de sortear ni la crisis de la política que ya ha sido comentada, ni la distancia entre izquierdas y pueblo, a pesar de haber tenido una participación ciudadana inédita en nuestra historia y que difícilmente se repetirá. Además, todas estas brechas se exageraron con el festín comunicacional que se dio la derecha con escándalos tipo “Pelao” Vade y compañía.

De vuelta a la elección, hay otro tema necesario de tocar: el abstencionismo electoral que ciertos sectores propusieron (una vez más) para esta pasada. Comparto muchas de las críticas al Acuerdo por la

10 Artículo que no tiene rigurosidad en términos estadísticos, pero que puede arrojar luces a partir de lo testimonial: Equipo CIPER. (8 de octubre de 2022). 120 residentes de 12 comunas populares de la Región Metropolitana explican por qué votaron Rechazo. CIPER Chile. Recuperado de <https://www.ciperchile.cl/2022/09/07/120-residentes-de-12-comunas-populares-de-la-region-metropolitana-explican-por-que-votaron-rechazo/>

Paz. En un momento como ese, había que tensionar lo más posible, y no pretender cerrar por arriba un ciclo de movilizaciones que se encontraba en su momento más combativo. A pesar de que un cambio a nivel del Estado eventualmente era necesario, acordarlo de espaldas de la ciudadanía y en un escenario de tremenda efervescencia y radicalidad en el conflicto, limitó las posibilidades de alcance del movimiento.

No obstante, las decisiones políticas se deben tomar en base a las condiciones del presente. En el plebiscito de 2020 el escenario en cuanto a la movilización estaba completamente abierto aún, por lo que pensar en una línea abstencionista en miras de la articulación de sectores empapados por la politización de la revuelta era una estrategia más o menos aterrizada para ese momento. Pero dos años después, con un auge evidente de los sectores reaccionarios, un decaimiento brutal de la protesta, y con una correlación de fuerzas extremadamente desfavorable para pensar en algo más “radical”, la necesidad era asegurar el piso mínimo que se había logrado en la constituyente. Irónicamente bajo el argumento eternamente utilizado por ciertos sectores de izquierda de no votar para no fortalecer al Estado, se contribuyó a que dicho Estado saliese más revitalizado que nunca con la derrota de la propuesta constitucional y el posicionamiento favorable que tiene en este escenario la derecha. Ahora, para ser justos, si estos sectores hubiesen llamado a votar apruebo tampoco habría sido muy distinto, pues ya se ha planteado que el problema de fondo se vincula con una poca capacidad de la izquierda de posicionarse como una alternativa con vocación de cambio, lo cual requiere unidad en la acción y re-conexión con las masas.

Desde investigaciones que se han dado en las últimas décadas en el campo de la historiografía sobre períodos previos de discusión constitucional, se ha llegado a ciertas conclusiones que pueden otorgar otros elementos para complementar lo planteado hasta el momento, y entender fenómenos de más larga duración. En dichas coyunturas, a pesar de haber existido fuerzas de cambio arraigadas en los movimientos populares que impulsaron sus programas y propuestas con solidez, la tendencia ha sido la derrota de estos proyectos, y la reestructuración bajo distintas formas del Estado liberal instaurado en el Siglo XIX. En términos del historiador Sergio Grez, “nunca se ha desarrollado en Chile un proceso constituyente democrático”¹¹.

Esto no ha significado que desde abajo no hayan existido iniciativas o proyectos de transformación con una capacidad articuladora y movilizadora importante, como el caso de los federalistas en la década de 1820¹² o el movimiento obrero de finales del siglo XIX e inicios del XX¹³. No obstante, en estas experiencias los procesos de articulación fueron truncados ya sea mediante la represión, a través de los mecanismos institucionales del Estado -de los que en ciertos momentos se había decidido participar-, además de las limitaciones propias del movimiento en cada momento histórico.

En ese sentido, se puede pensar la lucha de clases en Chile como una dinámica en la que tarde o temprano los sectores dominantes han tendido a ganar el pulso histórico en momentos de crisis, con lo que su posición, si bien se ha visto amenazada en más de una ocasión por la organización popular, los movimientos sociales y/o partidos de izquierda, no ha llegado a un escenario crítico en el que vean derrumbado su poder y su sistema. No se ha dado así el escenario en el que se vean enfrentados a no po-

11 Grez, Sergio. (2009). La ausencia de un poder constituyente democrático en la historia de Chile. Revista Izquierdas N°5, Santiago. P. 20.

12 Salazar, G. (2021). Construcción de Estado en Chile (1800-1837). Santiago: Debate. P. 71.

13 Salazar, G. (1092). Movimiento social y construcción de Estado: La Asamblea Constituyente popular de 1925. Documentos de Trabajo N°133.

der jugar una última carta, la cual ha sido en más de una ocasión el ejército, con lo que han demostrado que pueden asesinar sistemáticamente usando los recursos del Estado sin asco, si es que de mantener su dominio se trata. En términos de represión, el caso más dramático ha sido la dictadura cívico militar que derrocó a Salvador Allende, la cual se dedicó durante años al exterminio de los partidos tradicionales de izquierda, y de grupos revolucionarios surgidos en los períodos anteriores, pero esta tampoco fue nueva en la historia de Chile, habiendo el ejército perpetrado numerosas matanzas en contra del pueblo movilizadado durante el siglo XX. La Revuelta tuvo a su vez bastante de esto.

Hay un hecho que ilustra muy bien lo que me interesa plantear, con lo que me remonto a los días previos al golpe de Estado. El 4 de septiembre de 1973, hubo una masiva concentración a favor del presidente Allende en Paseo Bulnes. Ahí, se vio un gran apoyo popular al gobierno, lo que generó en la izquierda la sensación de que era posible seguir avanzando en el programa a pesar de las dificultades que se habían presentado en los tres años que llevaba la UP en el gobierno. Una semana después fue el Golpe, y los sucesos de ahí en adelante son conocidos. Soy un convencido de que la historia no se repite, pero que se pueden sacar aprendizajes de ella. En ese sentido, llama poderosamente la atención este episodio al pensar en el apruebazó, evento cultural de cierre de campaña que se dio en los días previos al plebiscito de 2022. A dicha instancia llegó un montón de personas¹⁴, frente a la irrisoria participación que tuvo el cierre de campaña del Rechazo. Con este ejemplo, se ve que no es primera vez que el empresariado y la derecha cumplen su cometido sin la necesidad de convocar a su base social a la calle, ya que calculan sus movimientos teniendo en mente a un montón de sujetos que muchas veces actúan desde las sombras, pero que son capaces de mover la balanza hacia uno u otro lado. En este momento de la historia, la jugada fue hecha apuntando a la franja despolitizada que ya fue comentada.



Foto: memoriachilena.cl

El gran aprendizaje que debemos rescatar de los últimos años tiene que ver con el rol mediocre que hemos jugado desde la izquierda al momento de superar el sectarismo en miras de una real articulación del sector. El mundillo como se le llama, lamentablemente no es mucho más que una enorme bolsa de gatos en la que cada organización está más preocupada de ser lo suficientemente de izquierda para sus estándares morales, que de avanzar en la construcción de un proyecto. Este sectarismo ha generado

¹⁴ 500.000 personas según la prensa



una problemática tamaño: la desconexión entre buena parte de estas organizaciones de izquierda, y los sujetos cuyos intereses debería interpretar. De ahí que sea una urgencia repensar la relación que tienen todas estas organizaciones entre ellas, y la brecha que a su vez han abierto con el pueblo.

No basta repensar en todo caso, sino que hay que hacer algo al respecto. Varias cosas. Darle unas vueltas a lo que se ha hecho mal es solo el primero de muchísimos pasos. Hay que reconectarse con el mundo popular, encauzar sus expectativas e intereses, y no bajarle los esquemas teóricos que aprendimos en las universidades y escuelas de formación de forma mecanicista, sino que hay que aplicar dichos aprendizajes y modelos para hacer política en conjunto, con y para el pueblo, lo cual implica una relación profundamente dialéctica.

Otro elemento tiene que ver con la relación con el gobierno. A pesar de que hay una franja de la izquierda que ha sido llamada extraparlamentaria, y que durante años ha tenido distancias tanto con el PC como con el FA (para que decir la concertación), dicho sector concurrió en su mayoría a las urnas en segunda vuelta bajo la premisa de que era necesario frenar a Kast. Ahora, en un momento en el que hay un gobierno progresista, esta izquierda no ha cambiado mucho su quehacer, y se ha dedicado más a replegarse y a criticar al gobierno que a definir tácticas claras.

De ahí que desde todo el mundo “ultrón” sea necesario hacerse múltiples preguntas en torno a cómo aprovechar a la socialdemocracia millennial en el gobierno para profundizar la agenda de cambios que han propuesto, qué rol tienen las instituciones del Estado en ese proceso de transformaciones, qué rol tienen las organizaciones comunitarias (y cómo incentivarlas) y los movimientos sociales, qué papel juega la movilización callejera, cómo construir un relato alternativo que pueda llegar a amplios sectores de la sociedad... En el fondo, queda hacer una revisión profunda a todas las certezas (erróneas) que se han tenido en los últimos años y que nos han llevado a una profunda desconexión de las masas y a ser vagón de cola de un gobierno progresista de baja intensidad.

Es fundamental también que desde todo ese enorme espectro que llamamos izquierda, dejemos de pensar en la revuelta como una revolución o una rebelión, para hacernos cargo de lo que realmente fue: una Revuelta, la cual con sus luces y sombras terminó, y lamentablemente nos pasó por encima sin que se aprovechara la oportunidad histórica que significó una movilización de esas dimensiones y características. La nostalgia ha sido otro problema de la izquierda para ampliar sus bases de apoyo, con lo que hay que guardarse los simbolismos de octubre para la interna, y adecuar el discurso público a las necesidades del presente.

Por lo demás, la izquierda parlamentaria lleva 200 años de historia republicana intentando entrar al Estado para modificarlo, y si bien ha logrado remecer las bases de poder de la élite, ésta una y otra vez ha logrado salir bien parada de las crisis a las que se ha enfrentado. En ese sentido, también cabe preguntarse: ¿Es el Estado un lugar estratégico para nuestro proyecto histórico? ¿Cómo usar las instituciones sin que estas limiten una vez más las posibilidades de cambio?

Ahora, además de hacerse todas estas preguntas, es necesario poner una certeza sobre la mesa: la despolitización que ha sufrido Chile bajo el neoliberalismo le ha hecho mucho daño a los proyectos de cambio. Por lo tanto, una de las tareas pendientes más grandes es combatirla, y generar espacios de discusión, participación, consulta y cualquier actividad que implique una reconexión entre el mundo popular y la política.

Ninguna de estas tareas es sencilla. Además, la enorme cantidad de elementos que quedaron fuera de este texto complejizan aún más el análisis. El camino se ve oscuro, sinuoso y lleno de obstáculos, pero

¿cuándo ha sido fácil? No somos los primeros ni seremos los últimos, y con esa perspectiva del espacio que usamos en el movimiento histórico me he propuesto aportar ciertos elementos a las discusiones que urge dar. Espero haber logrado parte de mi cometido.